

á la esclava á la disposicion de su señora, despojándose, por decirlo así, de la autoridad que sobre aquella tenia. La esclava castigada por su señora, ya fuese con el abatimiento, ya con la humillacion, cae en desaliento y huye. Dirijióse hácia el lado de Egipto, su patria, y fuéle preciso atravesar un vasto desierto que se extiende hasta el Mar Rojo, á cuya extremidad viniendo desde Hebron á Egipto por el desierto del Sur, que sirve de término á la tierra de Canaan, habiendo llegado junto á una fuente que se hallaba en el camino, apareciéndosele un ángel en figura de hombre, le dijo: “Agar, sierva de Saraï, ¿de dónde vienes y á dónde vas?”—“Voy huyendo, respondió ella, de la presencia de Saraï, mi señora.” Y añadió el ángel del Señor: “Vuélvete á tu ama, y humíllate á sus órdenes.” Esto mismo es lo que importa recordar y prescribir á todos cuantos se sienten abatidos por las dificultades y con falta de valor para vencerlas; á las almas frívolas y á los corazones flacos que no comprenden el carácter de la vida ó que no tienen fuerza bastante para aceptarla tal como Dios la ha destinado. El trabajo y la humillacion de que aquí deseais escapar bajo una forma, nos aguardan un poco más léjos bajo la otra, y tal vez con mayor intensidad: aquí evitareis la brusca reprension de un amo; y vais á encontrar delante de vos la salvaje inmensidad del desierto. Lógrase el triunfo por medio del valor que lucha, y no por la cobardía que retira.

El celeste enviado dice además á la fugitiva: “Multiplicaré en tanto grado tu descendencia, que por su multitud no podrá contarse. Has concebido y darás á luz un hijo, al que pondrás por nombre Ismael, porque el Señor te ha oído en tu afliccion.” Algo de parecido pasa en los corazones acometidos y probados por los atractivos del mal ó por los rigores del infortunio: la tentacion les marchita, les abate, pero el ángel destinado á su guarda les vuelve á levantar de su postracion, y hace reverdecer su valor y su esperanza: corrige la laxitud y el terror en que los ha sumido el peligro, por la promesa de los socorros que envia el cie-

lo, y de las recompensas que reserva al heroismo. Porque de una parte la proteccion y la misericordia divina cubren al pecho atribulado como una égida celeste, y de otra, si es hombre de bien, sus actos quedan como una gloriosa y fecunda posteridad: su ejemplo traza un sendero de luz, y presta alas de fuego á los que quieren seguirle en la virtud: sus obras resisten á la accion devastadora de la muerte, y por el lazo del merecimiento van á unirse para siempre desde esta vida á la vida futura, al través de las profundidades del sepulcro.

Y continuando á hablar de Ismael, le dijo el ángel: “Este será un hombre fiero: se levantará él contra todos y todos contra él, y fijará sus tiendas frente á las de todos sus hermanos.” Nada más fácil que el saber si se cumplió despues esta profecía. Antes de morir Ismael, se hizo temer de todo el país que más tarde fue nombrado Arabia. Su posteridad, mezclada con la posteridad de Héber, biznieto de Sem, pobló las comarcas que se extienden desde el Eufrátes al Mar Rojo y á los confines del Egipto, y desde las orillas del Oceano indio hasta la Palestina. El fué el padre de los árabes ó sarracenos, nacion guerrera, cruel, inconstante, de vida nómada ó sin habitacion fija. En su pobreza y en su sobriedad pocas cosas bastan al árabe; pero en su fiereza hay una á la que no renuncia jamás, y esta es la independencia. Mejor protegidos por sus desiertos de lo que lo están las lejanas islas defendidas tras de abismos insondables, y colocadas bajo la guarda del Oceano, nunca vió á sus enemigos plantar sus tiendas sobre la tierra que le fué señalada en herencia. Los persas, los griegos, los romanos no le han sometido. Todas las grandes invasiones vienen á espirar á sus piés como rios que se pierden y mueren en los arenales, y los pueblos europeos que cien veces le han vencido: no han podido domarlo todavía. Tribus errantes, los árabes vivieron por largo tiempo de comercio, de fraude y de pillaje. La Judea, la Idumea, los moabitas y amonitas están en medio de los árabes, descendientes de Ismael. Los Scenitas ó de Agra ocuparon la parte oriental, y los otros

ismaelitas la Arabia Petrea y la Feliz. Los árabes han presentado siempre una mezcla extraña de rasgos generosos y de instintos groseros, de ferocidad y de heroísmo, de hospitalidad y de latrocinio. Dotados de pasiones ardientes y de una fantasía llena de encantos, sensibles, arrebatados, entusiastas, han sido capaces de llegar al colmo de la civilización luego que han estado en contacto con ella; y serían los dueños del mundo, si hubiesen sabido renunciar á su vida errante y á su delirio por la independencia. A principios del siglo VIII, los reunió Mahoma bajo una ley común, disciplinó sus fuerzas, y soplando el espíritu del fanatismo sobre esta organización nueva y enérgica, los envió á la conquista del mundo. Volaron ellos llevados en las alas de la victoria, uniendo al gusto feroz de las batallas el culto delicioso de las ciencias y de las artes, sin duda porque la guerra, como todos los grandes dolores de la humanidad, purifica y regenera las naciones, y las fecunda aproximándolas. Mas esto pasó con la velocidad del rayo, pues fieles á sus hábitos nómadas, los árabes no hicieron mas que levantar y alzar sus tiendas en los campos de la gloria. Muchos siglos hace que se hallaba plegada la bandera que enarbolaron, y la Europa cristiana deponiendo sobre ella la cruz y su espada, dió la señal de que no volvería ya mas á desplegarse. Y realmente, la lengua, las leyes, las costumbres, la fisonomía misma, todo anuncia que el árabe ha conocido la civilización, y que el estado salvaje en que ha vuelto á caer, anuncia no un pueblo inculto, sino una nación que pasó por un rápido período de gloria, de la infancia á la decrepitud.

Prescindiremos del géneo y del carácter del legislador de la Meca, de su nacimiento, de su supuesta revelación, de sus primeras persecuciones, de su fingido viaje al cielo, de las vicisitudes de sus doctrinas, de sus rápidas victorias, y del asombroso prestigio que supo dejar entre los suyos para despues de su muerte. La historia de Mahoma es un tejido de acontecimientos extraordinarios, empujados por las circunstancias á un punto casi increíble de grandeza y de impostura. Aquel hombre singular, mezcla por-

tentosa de prendas naturales, de astucia para la seducción, de valor indómito, de trato embelesador y de talentos adquiridos, sintióse con audacia para fascinar á un mundo medio idólatra y corrompido, predicar una religión nueva, hija monstruosa y enemiga á un tiempo de las que se conocían; trastornar por decirlo así, el orden religioso, político y social de su siglo, para exclamar en medio de pueblos ardientes y belicosos. ¡Hijos de Ismael! yo os traigo el culto de Noé y de los patriarcas. Proclama la unidad de Dios, exalta sus grandezas con algunos bellos rasgos de los sagrados libros, usurpa y desfigura algunos dogmas del cristianismo, y algunos de sus preceptos morales, al paso que quita del hombre el libre albedrío, al paso que hunde toda moral en el caos del fatalismo. Nunca se vió impostor mas sagaz ni mas afortunado. Su religión apenas nacida, se derrama como un torrente por las Arabias y por la Etiopia; y aun cuando el legislador guerrero, al ir á lanzarse como un leon sobre Eráclio, muere de un veneno; con todo, no se detienen los progresos de su religión que penetra la Siria y la Palestina, la Turquía y la Persia, hace temblar el Asia, conquista el Egipto y la Alejandría, rinde y avasalla la Mauritania, y avanzando hasta las extremidades del Asia occidental, no se detiene hasta las orillas del Oceano.

Esta inundación inmensa, que somete bajo la media luna la mitad de nuestro hemisferio, llegó tambien hasta nuestra patria, y entronizóse tambien en ella por largos años la dominación mahometana. Y prescindiendo ahora de la vasta historia de esta transformación social y religiosa, nos limitaremos á indicar, que muy notable debió ser la influencia de aquel grande suceso en la marcha del mundo y de la humanidad. El fué preparando la posterior invasión que habia de suspender por algunos siglos en las mas bellas regiones del mediodía de Europa, la civilización cristiana. Cuando los moros ó los pueblos nómadas de Mauritania, asombrados por las rápidas conquistas de los musulmanes, dueños ya de la mitad del Asia y del Africa, abrazaron con ardiente entusiasmo la religión de un descendiente de Ismael, fué

cuando Mussa, vencedor al frente de cien mil hombres de las potencias berberiscas, se apoderó de Tánger, posesion entónces de los godos españoles, y meditó trasladar al corazon de la Península las armas victoriosas del islamismo. Conocida es ya la triste página de nuestros anales en la que se consigna la servidumbre de nuestra patria, bajo la cuchilla agarena.

No es nuestro objeto rectificar aquí con datos históricos la idea exajerada de barbarie y de crueldad con que la ignorancia de los hechos, y hasta cierto punto el orgullo nacional, mancilló indistintamente el largo dominio de los árabes en España. Imparcialmente hablando, y á pesar de la natural antipatía que nos inspiran los enemigos de nuestra fé, hemos de confesar que la civilizacion mahometana llegó en España al colmo de su esplendor y grandeza. El poder de Córdoba bajo el imperio magnífico de sus reyes califas de Occidente, es de los mas grande y admirable que nos ha dejado la historia del mundo. Pero no era para la España la civilizacion musulmana. La Providencia tenia decretada la caída de aquellos colosos de la tierra, que embriagados de poder y de deleites, habian hecho de su capital la morada encantadora de todas las bellezas, de todas las pompas y de todas las ciencias humanas. Una tosca cruz clavada entre ásperos montes, habia de triunfar del poder de Islam, derribando sucesivamente el soberbio trono de los omniadas, y la diadema de los últimos reyes de Granada.

Todavía son bellos los recuerdos de aquella galantería que brotaba entre las pasiones ardientes de los hijos de Agar, que vieron la luz en nuestra patria, y que suspiraban al despedirse por última vez de las torres de Granada. Todavía circula tal vez la sangre de fuego en las venas de muchos iberos. ¡Cuántos magníficos monumentos conserva aún la hermosa Andalucía de aquella época de encantos, de entusiasmo y de gloria, y todavía son estos espléndidos vestigios el asombro de naturales y extranjeros! Sin embargo, aquel período de pujanza sostenida con todos los elementos humanos de civilizacion, desapareció co-

mo un sueño; aquel coloso brillante cayó sin dejar rastro de su existencia.

Cuando se pregunta por qué apesar de la prudencia, circunspeccion y hasta cierto punto justicia y sabiduría de varios puntos importantes del código de Mahoma, por lo que pertenece al órden civil: cómo una legislacion que á semejanza de la de Moisés, abrazaba el dogma, la religion, la moral y el derecho, escrita con astucia, con arte, con profundo conocimiento de los pueblos que debian adoptarla, nueva, brillante, circuida y coronada con el prestigio de la gloria y del poder, acabó por sumir á las naciones sobre que ha dominado en el despotismo; en la ignorancia y en el embrutecimiento, ¿qué se responde? No hay mas que una contestacion que dar. Porque cimentada en el fanatismo de secta, en la tiranía doméstica y en el desfogue de las pasiones ardientes, minaba en sus cimientos los principios elementales del órden y del progreso de toda sociedad, enervaba los corazones, embrutecía las costumbres, condenaba á la servidumbre una mitad del género humano, debilitaba, si no destruía, los dulces vínculos de familia, corrompia la moral pública y privada, sepultaba en el ocio y en la molicie la parte mas fuerte, mas poderosa de la sociedad, sancionaba la esclavitud, oscurecia el pensamiento. No diremos de una vez: porque si la impostura hubiese producido los efectos de la verdad, si la civilizacion mahometana hubiera eclipsado la civilizacion cristiana, si la obra del hombre hubiese prevalecido sobre la obra de Dios, ¿cómo hubiéramos podido adorar los designios de la Providencia, que hace efímero el triunfo del error, y que tarde ó temprano desploma los orgullosos monumentos en que se habia encastillado?

Y no se crea que es un libre dicho el resultado de la influencia del mahometismo sobre la civilizacion de los pueblos. Un viajero reciente, que á principios de este siglo recorrió bajo el nombre de Ali-Bey las regiones mahometanas del Asia y del Africa, el sábio español D. Domingo Badía, conocido por sus *Viajes* en todo el mundo civilizado, hace la siguiente descripcion del estado

de ignorancia y de atraso en que se hallan los países dominados por el Islam. Vamos á trascribirle, como prueba autorizada del estado á que venido á parar el pueblo de los descendientes de los hijos de Ismael.

“Toda la ciencia del musulman se reduce á la moral y la legislación identificadas con el culto y dogmas; es decir, que todos los estudios se reducen al Koran y á sus comentadores, con algunos lijeros principios de gramática y dialéctica para leer y entender un poco del texto divino. Los comentadores no se entienden á sí mismos; engolfan sus discursos en un arcano de sutilezas ó de pretendidos racionios, y se embrollan de tal modo, que no sabiendo como salir, invocan la predestinacion, ó la absoluta voluntad de Dios, con lo cual todo lo concilian ó componen. Son eternos disputadores *in verba magistri*, sin otro apoyo que la palabra del maestro ó del libro que citan á tuerto y á derecho.

“Para el estudio de la geometría tienen á Euclides, cuyos tomos apollillados casi nadie lee, á excepcion de una docena de páginas. La cosmogonía es la del Koran, hija del Pentateuco, á quien llaman B-tlaimus. La astronomía se reduce á algunos preliminares indispensables para tomar la hora al sol con astrolábios muy groseros, y construidos separadamente para cada latitud dada. De las matemáticas solo conocen la solucion de un cortísimo número de problemas. La geografía no se estudia. La física es la de Aristóteles, pero apénas se paran en ella. La metafísica es un gran campo de batalla en que consumen aquellos doctores todas sus fuerzas morales. La química no existe para estos pueblos; solo tienen algunas ideas de la alquimia, y hay entre ellos algunos miserables adeptos. La anatomía está del todo desterrada por la religion, á causa de la pureza legal, de las ideas sobre los muertos, separacion de los sexos, &c. De medicina solo se estudian algunos detestables empíricos, y casi ignoran la existencia de los grandes maestros antiguos: la terapéutica va casi siempre acompañada de crueles operaciones y prácticas supersticiosas. La historia natural sufre los mismos obstáculos invencibles que la ana-

tomía. La ley prohíbe las estátuas, ó las pinturas y dibujos de objetos animados: la gravedad musulmana abandona el ejercicio de la música á las mujeres y á las clases ínfimas de la sociedad; no hay pues que pensar en bellas artes, ni en placeres y ocupaciones agradables.

“Confundida la astronomía con la astrología, cuantos miran al cielo para saber la hora ó descubrir la luna nueva, son tenidos entre la turba de astrólogos por adivinos, que predicen la suerte del rey, del imperio y de los particulares. Gozan estos tales de gran consideracion; logran destinos importantes, y ejercen grande influencia en los negocios públicos y privados.” De esta misma manera, á corta diferencia, se nos pintan, en cuanto á los adelantos de la civilizacion, los pueblos en las primeras edades del mundo. ¡Hé aquí lo que ha reportado el mundo de la legislación de Mahoma! Ved ahí lo que son aun en el siglo XIX los pueblos que nacieron de los descendientes de Agar.

Pero volvamos á tomar el hilo de la historia. Agar, movida por un sentimiento religioso, invocó el nombre del Señor que acababa de consolarla, y llamó á la fuente, testigo de esta maravilla, la fuente del que vive y me vé. Abraham dió el mismo nombre al lugar en que Dios le mandó sacrificar á su hijo. Sabido es que la remota antigüedad tenia la costumbre de designar los lugares por los hechos mismos que en ellos se habian verificado. ¡Privilegio reservado á aquellos tiempos y á aquellos hombres, que podian poner nombre á lugares que aun no le tenian, y consignar de este modo solemne los recuerdos mas notables de su propia historia en las páginas inmortales de los montes, de los campos, de los valles, de los pozos, de las fuentes, en ese libro perenne de la naturaleza, que debian guardar con respeto los siglos posteriores!

Agar, siguiendo el precepto del cielo, volvió con docilidad á la casa de su señor, y se humilló bajo el poder de Sara. Dió despues al mundo un hijo que fué llamado Ismael. Pasado poco tiempo, prometió Dios á Abraham que Sara le daria tambien un

hijo, y confirmóle lo que le había anunciado con respecto al de Agar. “Yo le bendeciré, dijo el Señor, y le daré una posteridad numerosa. Doce príncipes saldrán de él, y llegará á ser el jefe de un grande pueblo.” El corazón de Agar se abrió á la alegría pensando en los brillantes destinos que la palabra divina garantizaba á Ismael. Estas madres generosas que parece llevan siempre su hijo en su corazón, y que le paren sin cesar entre las angustias de una inquieta esperanza, no saben vivir sino por él y para él, y llenan ya su porvenir con todas las riquezas de sus bellas ilusiones y sus ardientes deseos, con el anhelo mismo con que derramaron sobre su cuna la inexplicable delicia de abrazos y de besos. Pero si Dios les concede tanto á ellas como á sus hijos la gloria que tanto apetecen, es al precio de trabajo y de amargos sufrimientos. El amor de madre es un delirio que dá nueva vida al corazón: es aquella expansión inexplicable con que el amor con toda su actividad las abandona á sí mismas, para cebarse todo entero en el hijo, al cual parece que ha pasado su propia existencia.

Abraham, según la divina promesa, tuvo de Sara un hijo, á quien llamó Isac, y que debía ser el heredero bendito de las creencias y de las virtudes de su padre. Si la buena armonía no había podido reinar entre las dos esposas en los días en que no tenían otro punto de contacto que sus diversas cualidades, ó tal vez los defectos de su carácter personal; ahora que los gustos, las rivalidades y las querellas de los dos hijos venían á ser, por decirlo así, los gustos, las rivalidades y las querellas de las madres, hallábase en grave complicación los primitivos elementos de discordia, y á menudo se veían puestos en juego. La familia del creyente y puro Abraham no pudo escapar de las desagradables consecuencias de la poligamia, y en vano cualquier otra familia podría lisonjearse de escapar de ellas. Hágase cuanto se quiera: las leyes morales que presiden á la paz doméstica, así como á la prosperidad de los imperios, no pueden ser olvidadas impunemente; y es digno de notarse, que aun cuando en la materia especial de estas le-

yes dispensa Dios algun tanto á la humana flaqueza, los inconvenientes inevitables que se producen, parecen advertir á la criatura, para que entre, redoblando los esfuerzos de su valor, en un órden mas perfecto. Por lo demás, si queremos comprender por una parte cuánta habilidad y poder tienen los hombres para degradarse, y por otra cuán saludable freno ha puesto á su disolución el Evangelio, restableciendo el matrimonio en su primitiva condición de unidad, no hay mas que recordar los tráficos infames que deshonran los mercados de Stamboul y de Ispahan, y sus harems, divididos por celos crueles y por odios implacables.

Vió un día Sara que Ismael hacia burla de Isac, su hijo. Ismael no dejaba de conocer que su derecho de primogenitura y todas sus secretas esperanzas acababan de disiparse como el humo, y que siendo hijo de la esclava, tendría por señor á su joven hermano, hijo de la mujer libre. Dió muestras, pues, de su envidia y de su aversión, y su carácter audaz, violento é impetuoso podía llevarle á los mas graves extremos. Esta circunstancia hizo tomar á Sara una severa resolución, la cual dijo á Abraham sin rebozo: “Despide á esta esclava y á su hijo, porque el hijo de la esclava no ha de ser como mi hijo Isac, el heredero de las promesas de Dios.” No hay duda que estas palabras debieron parecer duras á Abraham, hombre virtuoso y recto, dotado de nobles sentimientos: sentir debía cierta repugnancia natural en acceder á la demanda de una esposa, y por causa de un hijo, contra otra esposa y otro hijo. Y seguramente que no accedería desde luego á ponerla en ejecución. No le faltaba integridad y firmeza para denegarse á ella, ó temperar el rigor de aquella medida, considerándola como una exigencia excesiva de una mujer en demasia ardiente y recelosa. Pero en su determinación intervino la voluntad del cielo. Dios dijo á Abraham: “No te parezca cosa dura lo que Sara te ha propuesto acerca de ese muchacho y de su madre, esclava tuya: practica todo cuanto te diga, porque Isac es aquel por cuya línea ha de permanecer el nombre de tu descendencia.” Y aña-

dió: "Bien que al hijo de la esclava yo le haré caudillo de un grande pueblo, por ser sangre tuya." Ved ahí, pues, la órden expresa de Dios, que aprueba la medida tomada por la esposa primera de Abraham, y que plenamente la justifica contra toda acriminacion ó sospecha de encono ó de venganza. ¿Quién sabe si esta mujer, como cree el grande Agustino, temió que la envidia y aversion de Ismael no le llevasen á renovar, con escándalo del mundo, la horrible tragedia de los dos primeros hermanos? Abraham, pues, tan puntual y exacto en obedecer los decretos del cielo, preparó su corazon á este nuevo sacrificio, que debia consumir por sí mismo. Aunque amaba á Ismael, la obediencia á los mandatos divinos ahogó por primera vez en su pecho generoso todos los sentimientos de la naturaleza; y el que con tanto heroismo triunfó poco despues de ellos para levantar el cuchillo sobre el cuello de su hijo Isac, no es extraño que para despedir á su hijo Ismael y á la esclava egipcia, madre de este, se hiciese superior á todos los afectos de padre y de esposo. Hay sobre todas las afecciones del hombre la voluntad de Dios; y el secreto de la vida consiste, no en huir del dolor y crearse goces nuevos, sino en caminar en el sentido de la voluntad de Dios; y este no deja de ser un verdadero goce para las almas rectas y virtuosas, que se placen en confundir, ó mas bien uniformar su propia voluntad con la de Dios. Acostumbradas á tomarla siempre por guía infalible de sus actos, renuncian á su propio albedrío, siempre que habla Dios, con el mismo gusto con que se desea complacer á una persona amada. Y esta propia abnegacion es el último grado de amor á que puede llegar la virtud sobre la tierra.

Engañanse los hombres muchas veces acerca de la verdadera idea de felicidad, y el verdadero carácter de los acontecimientos que pasan á su vista, pues solo ven en ellos la eventual combinacion de las circunstancias, y no atienden ni piensan siquiera en la oculta mano de la Providencia, que lo conduce todo á sus elevados fines. Y sucede muchas veces, como aconteció en la demanda de Sara, que allí donde los espíritus terrenos no ven

mas que el juego de una pasion humana y largas desgracias que lamentar, se ocultan el resorte de algun adorable decreto y el germen fecundo de un porvenir lleno de gloria. Pero los hombres sinceramente religiosos, que á mas del órden aparente penetran en ese órden providencial, y abrigan una fé invencible en sus doctrinas, comprobadas despues por los resultados, sienten en su interior una fuerza divina que imprime á toda su vida un carácter de generosa libertad y de resignacion magnánima.

El Señor, que queria escojer para sí un pueblo aparte, en donde habian de ser conservadas como en inviolable depósito las verdaderas creencias, y sacar este pueblo de Abraham por medio de Isaac, y no por Ismael, separó los dos hermanos, á fin de que las violencias de la mala voluntad del uno, no pudiesen ahogar ó corromper la vocacion y los destinos del otro. Advirtió, pues, á Abraham, como hemos visto, que se conformase con el deseo manifestado por Sara, de despedir á Agar y á Ismael. La razon de este acto, que se hallaba todavía envuelto en los pliegues de lo futuro, era lo que habia de constituir la grandeza y la gloria de la familia del patriarca, la propagacion de su predestinada posteridad por medio del hijo prodigiosamente tenido, y en esta razon, oculta entónces á todos los mortales, se encerraban los destinos del mundo, pues de aquella posteridad debia nacer el divino reparador del mismo mundo, cuya ascendencia remonta hasta el primer hombre por medio de Abraham, y cuyo reino espiritual y divino debia permanecer hasta el fin de los siglos sobre la tierra para continuarse despues glorioso y triunfante en los dias eternos.

Con todo, el Señor, tan grande en sus castigos como en sus recompensas, se muestra generoso con su siervo. Abraham era padre de Ismael, y esto bastaba para que el Señor no olvidase en sus bendiciones al hijo de la esclava; y ya hemos visto que le hizo como una especie de patriarca de un gran pueblo, bien que este no habia de ser el pueblo de Dios, sino el pueblo del desierto. ¡Qué gloria para Abraham cuando el Señor le promete bendiciones para Ismael, dándole por único motivo: *Porque viene de tí,*

porque es de tu sangre! El mérito del padre recae sobre el hijo; cuando el hijo es el fruto de la bendición de Dios; un hijo perverso es el castigo mayor que Dios puede reservar al hombre, así como un buen hijo es la corona de la felicidad del padre. Dios vincula sus bendiciones y beneficios en las familias de los justos; y aunque á veces les ofrece el cáliz amargo de la tribulación, no por esto se separa de ellos, mora en su casa como un consuelo celestial, estrecha los dulces vínculos que los unen, y aun cuando gravite sobre ellos el peso del infortunio y pasen por el crisol de la desgracia, la santa resignación endulza sus penas, y su puro y recíproco amor, que se confunde con el de Dios, conserva siempre en el fondo de sus almas un paraíso de felicidad.

Abraham, pues, se levanta de mañana, y cojiendo un pan y un odre lleno de agua, lo pone sobre los hombros de Agar, le entrega á su hijo y la despide. Sola con Ismael, sin otro alimento ni bebida que la que podía llevar, expuesta á morir de necesidad y de fatiga en el desierto que habia atravesado, la infortunada Agar recibia un duro tratamiento, que debemos creer le fué aplicado porque su insolencia con Sara habia llegado al último extremo. Y nos mueven á pensar así dos sencillas y óbvias consideraciones. La primera, porque en aquellos tiempos y en aquellos países en que hasta los extranjeros se tenían como cosa sagrada, y que gozaba de tan extensos derechos la hospitalidad, los servidores, y con mucha mas razón los allegados y próximos parientes, no podian ser excluidos sin graves motivos de la comun y universal benevolencia. Y en segundo lugar, cómo podemos sospechar que Abraham, dotado del espíritu de Dios, y en cuyo corazón magnánimo se abrigan los mas puros y generosos sentimientos, se hubiese así portado con Agar y su hijo, á no mediar una íntima y poderosa convicción de que obraba con justicia, y de que aquella era la voluntad del cielo? Aun mas, debemos suponer que aquel hombre, amigo familiar de Dios, tenia ya un oculto presentimiento de que su Providencia no abandonaria á la fugitiva, y que proveyeria á su sustento y al de su hijo, como así

sucedió en efecto; por cuanto estaba seguro de que Ismael debia vivir, según la divina promesa, para ser padre de un gran pueblo. Agar salió, pues, de la casa de Abraham, y en vez de regresar á Egipto, como pensaria hacerlo sin duda, se extravió por la Arabia, y perdió su camino. Divagada, pues, perdida por el desierto, que despues tomó el nombre de Bersabé, pequeña ciudad, edificada sobre los confines de la Idumea y de la Palestina. Su provision de agua no debia tardar en agotarse. Aun en el dia los viajeros no se atrevieran á pasar por aquellas bastas soledades, abrasadas por los rayos del sol, y en donde el viento borra por la mañana las huellas que en la víspera dejaron, si el camello, tan sóbrio como ágil y laborioso, no los llevase con sus víveres y bebidas como un navío formado por la mano de Dios para surcar por aquellos oceanos de arena. Triste y vencida por la fatiga y sed, Agar abandonó á su hijo bajo la sombra de un árbol. Sentóse despues á la distancia de un tiro de flecha, diciendo: «No veré yo morir á mi hijo.» Porque hay en ciertos lances mas que lágrimas: hay como una espada que penetra hasta el corazón de los que contemplan, y le desgarran con heridas de muerte. Allí, sola, consigo misma, levantó la voz del pesar, y la infeliz mujer lloraba con toda la amargura del alma de una madre; imágen viva de otra madre mas afligida aún, que, siglos despues, presenciando la muerte de su Hijo divino, sufrió todos los dolores juntos de la humanidad. Ismael, sin aliento, lloraba tambien, y sus sollozos desgarraban el pecho de la madre.

Hay sentimientos tan vivos que necesitan un desahogo mas fuerte que el de la simple narración. La fantasía, oprimida como el corazón por estas escenas, que rebosan sensibilidad, ansía vengar algo mas por el ámbito de su propia actividad, y desea, sin extraviarse de la verdad, conceder mas libre ensanche al sentimiento.